

CLARA DICE

CLARA DICE

CARLOS RONCERO

© por la presente edición: e-litterae, S.L., 2009
C/Mallorca, 144, 1.º, 2.ª
08036, Barcelona
Tel.: 934.518.936
Fax: 933.238.362
B-64039241
www.e-litterae.com
Correo electrónico: e-litterae@e-litterae.com

Diseño de cubierta: Pepino Design
Diseño de interior: E-litterae, S.L.
Ilustración cubierta: Serge Herbiet
ISBN Rústica: 978-84-92808-03-8
ISBN E-book: 978-84-92808-04-5
Depósito legal: B-37711-2009

«Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio,
electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.»

Dedicado al foro ¡¡Ábrete libro!!
Carlos Roncero

Dicen que cuando en medio de una conversación entre varias personas se produce un silencio inesperado es porque ha pasado un ángel. Es entonces cuando, con todas mis fuerzas, intento hacerme notar.

1

Mi psiquiatra siempre me recomendó que te escribiera, decía que sería bueno para desahogarme; que con las sesiones y el tratamiento no bastarían. Claro que no bastarían; ni un millón de sesiones y pastillas servirían para sustituir tu presencia, tu olor, tu sonrisa, tu voz...

Sin embargo, y a mi pesar, algo de razón debía de tener porque al escribirte siento que te tengo más cerca. Llevo horas delante del papel sin saber qué contarte exactamente. La pluma resbala impaciente por mis dedos, pero es que no quisiera agobiarte describiéndote mi sufrimiento; no sería justo, especialmente ahora que sé la verdad.

¿Cómo culparte? Durante mucho tiempo, más del que pude soportar, sentí que yo había sido la única culpable de tu pérdida; ni siquiera quise compartir esa responsabilidad con tu padre. Me hundí y no permití que nadie me ayudara a levantarme. Viajé a un infierno del que aún no he podido escapar del todo. Quizás contarte mi historia sea el último empujón que necesite para poner en paz mi conciencia.

Aquel día me acompañó al trabajo un extraño presentimiento. Ni siquiera podría calificarlo como tal; era una sensación inusual en mí, un vacío que insistía en distraerme. Había algo que no me encajaba y me fastidiaba no dar con ello, como cuando quieres dar con un nombre y se te queda estancado en la punta de la lengua.

—Mami, hoy no me encuentro bien.

Reconocí al momento esa expresión de tu rostro.

—¿La regla, cariño?

Casi no te salió la voz.

Asentiste como buenamente pudiste y te inclinaste por el dolor hasta recostarte de nuevo en la cama.

—¿Quieres que llame al instituto y diga que no vas?

Volviste a asentir, aliviada con mi sugerencia.

—Pero te quedarás sola todo el día.

—Mamá, ya soy mayor.

Te sonreí ilusionada ante el descubrimiento que me hacías, pues era cierto, yo aún creía estar viendo a mi niña.

—Sí, ya eres mayor —dije acariciándote la frente—. Si necesitas algo llámame al trabajo, o, mejor, al móvil.

—No te preocupes.

Y me sonreíste.

Si hubiera sabido que ésa era la última de tus sonrisas jamás te hubiera dejado sola. He retenido con todas mis fuerzas en mi memoria esa expresión tuya, las caricias que te di, el tacto de tu piel. Aún creo estar viendo tus ojos, respirar tus palabras. «No te preocupes».

Ojalá hubieras cerrado esa frase con «mamá»; ojalá te hubiera dicho en ese momento todas las cosas que aún no te había dicho y que te tenía guardadas para las ocasiones oportunas, como cuando te expliqué lo que era estar enamorada.

No pude seguir tu recomendación ese día. Había algo en tu conversación que no me invitaba al sosiego. Pensé en llamarte, pero no quería parecer la típica madre agobiante. Siempre he odiado ese tipo de control sobre los hijos. De pronto, un sinfín de números inconexos empezaron a removerse como locos en mi mente. Del uno al treinta y uno. Por mucho que sacudía mi cabeza, aquellos números se empeñaban en llamar mi atención con sus apariciones.

Probé con cerrar los ojos, apretarlos con fuerza hasta llegar incluso al dolor. Aquello fue peor: los números se hicieron más nítidos y más veloces, como si las hojas de un calendario pasaran a una velocidad excesiva esperando a que alguna mano las detuviera. Al pensar en la imagen del calendario me di cuenta de que ése era el mensaje, el sentido de esos números que no paraban de llamar mi atención.

—¿Te encuentras bien?

Era mi jefe; imagino que aquella sería la segunda o tercera vez que me hacía esa pregunta. Es un maniático de la puntualidad, pero buena persona.

—¿Eh? Sí, sí, estoy bien. Estaba distraída, perdona.

—Te decía que no te olvides de presentarme esos informes a mediodía.

—Sí, sí, descuida

Me miró no muy convencido de mis palabras, sonrió y se fue. En cuanto me quedé sola, los números volvieron a hacer acto de presencia.

En realidad, no es que hubieran desaparecido; más bien habían quedado en letargo esperando a que mi jefe desapareciera. Esta vez, sin embargo, se me presentaron lentamente, como si quisieran que me fijara en un número determinado, en una fecha determinada. Me parecía estar viendo la ruleta de un casino que dejaba de girar ante la atenta mirada de los jugadores ansiosos por conocer el número en el que se detendría la flecha. El cinco, se había parado en el cinco. ¿Por qué?, ¿por qué ese número y no otro?

Ahí estaban mis informes esperándome, el reloj avanzando sin remedio y yo sin poder apartar mis pensamientos de ese maldito número. Empecé a repasar todos los actos de mi vida en los que ese número tendría algún significado en especial, pero nada hallé: ni mi cumpleaños, ni

el de tu padre o hermanos, ni el día de mi boda o el de tu comunión. Lo único que aparecía relacionado con el cinco era el insulso, mecánico y anodino acto de hacer la compra del mes en el supermercado, que generalmente lo hacíamos coincidir en esa fecha.

El corazón me dio un pequeño vuelco comprendiendo, antes que yo, mi descubrimiento. Al aparecer la imagen del supermercado en mi cabeza, entendí la razón por la que esos números, esas fechas, habían insistido tanto en molestarme. Era mi presentimiento que tomaba forma. Tú me habías acompañado al supermercado; nunca querías venir pero ese día te apeteció. Fue maravilloso; quizás el recuerdo reciente más hermoso que guardo de tu existencia. Más que madre e hija, parecíamos amigas ilusionadas por buscar el producto a mejor precio.

—¿Te ocurre algo? —recuerdo que te pregunté mientras nos tomábamos un batido como victoria por nuestro día de compras—. Tienes mala cara.

Entonces arrugaste la cara como lo hiciste esa última mañana tuya.

—Me está bajando la regla.

Empecé a repetirme una y otra vez esa frase en la oficina. Busqué un almanaque en mi mesa. Una estupidez: yo sabía perfectamente el día en el que estábamos. Era veinticinco, estábamos a veinticinco. Tú no podías tener la regla esa mañana. Era absolutamente imposible. Me habías mentido; me habías mentido para quedarte sola en casa. Lejos de preocuparme, me quedé más tranquila al descubrir el engaño. Recuerdo incluso que llegué a sonreír ante tu picaresca. Nunca me habías hecho algo así, de modo que la curiosidad pasó a sustituir a la intriga. En el mismo instante en que había decidido llamarte a casa, sonó mi móvil. Me quedé mirando aquel aparatejo sin atreverme a cogerlo. Sabía quién era sin necesidad de mirar a la pantalla, de ahí mi temor.

La melodía que identificaba a tu padre circulaba a sus anchas por toda la oficina. Imagino que los compañeros me mirarían molestos o pensando que me iba a ganar la bronca del jefe. En todos nuestros años de matrimonio, tu padre jamás me había llamado en horario de trabajo. Por fin, me atreví a cogerlo.

—¿Sí? —dije tratando de simular mi incertidumbre.

—Cariño, tienes que venir a casa —reconocí en su voz un esfuerzo por no derrumbarse. Sonaba débil pero sin intención de parecerlo, más bien lo contrario—, ha ocurrido algo.

«Algo». Cabe tanto en esa pequeña palabra... Pero tu padre no me quiso aclarar nada, probablemente porque se sentía incapaz; ni siquiera una frase orientadora para prepararme.

2

—¿Quién la encontró? —preguntó el comisario.

—El padre.

El policía señaló hacia la sala.

Sólo entonces el comisario vio a un hombre apoyado en un sofá, con la cabeza hundida entre los hombros y pasándose el móvil de una mano a otra. Se acercó hasta él pensando en el tono en el que debía hablarle. De todas las tragedias a las que se había acostumbrado, ésta era, sin duda, la más dura de llevar.

—¿Usted es el padre?

El movimiento de Matías fue mecánico; probablemente ni siquiera fue consciente de quién le estaba hablando. Con la vista fija en la pared, y el pensamiento anclado en su esposa, parecía una estatua esperando a ser embalada.

—Soy el comisario Trápaga. Sé que ésta situación es muy difícil pero tengo que hacerle unas preguntas.

El mensaje tardó en llegar al receptor, como si Matías fuera el corresponsal de un telediario que, en tierras lejanas, aguarda delante de la cámara, sin hacer una mueca, a que le llegue la pregunta del presentador.

—Deberían llamar a un médico.

—¿Cómo dice? —preguntó Trápaga confundido.

—Deberían llamar a un médico —repitió Matías lo mismo que un robot; un robot triste.

Trápaga odiaba esas situaciones.

Sabía que los afectados reaccionaban de las formas más impredecibles, pero aquella pregunta le había cogido totalmente desprevenido. ¿A qué venía? ¿Acaso no sabía que ya no había nada que hacer? Lo más duro era tratar con los vivos, pensó, tratando de buscar cómo aclararle la situación a aquel hombre sin hacer más daño del que ya había en la casa.

—Verá, supongo que sabe que ya... que su hija...

Matías miró por primera vez al comisario. Aquellos ojos bañados de tragedia le cortaron el habla.

—No estoy pidiendo un médico para mi hija —miró entonces hacia el cuarto de baño como si quisiera despedirse de ella—, estoy pidiendo un médico para mi mujer. ¿No cree que debería venir un médico para mi mujer?

El comisario no pudo disimular su desconcierto.

—¿Es que su mujer está aquí?

—No, pero no tardará en llegar. Harían bien en traer un médico.

—Ya —dijo el comisario en un susurro equivalente a una especie de velada indiferencia—. ¿Usted fue quien la encontró?

Matías asintió.

—¿No había nadie más en la casa?

—No, nadie más.

—¿Por qué estaba su hija en casa? Quiero decir: ¿por qué no estaba en el colegio?

Matías no pudo contestar.

Una voz femenina que llegaba de la escalera insistía al policía que custodiaba la entrada su derecho a entrar en el piso.

—Es mi mujer —suspiró Matías olvidándose de la pregunta del comisario. El momento que más había temido había llegado. Miró al suelo tratando de pensar en mil formas de explicar lo sucedido.

3

Julieta no podía quitar los ojos de aquel pupitre vacío. Para el resto de la clase, la ausencia de Clara no suponía ninguna novedad, pues se habían acostumbrado a sus «periódicas» faltas. Sin embargo, el hecho de que Clara no se hubiera presentado ese día provocaba en Julieta un miedo atroz, una parálisis cerebral que le impedía ver más allá del pupitre vacío.

Ella tampoco tenía que estar ahí, pero estaba.

Se había levantado como cada día, había tomado su desayuno y se había ido de casa despidiéndose con un apático sonido de su garganta. No obstante, detrás de tanta monotonía, se escondía un temor inexcusable: se había convertido en una cobarde; no había cumplido lo convenido; y era ese día, no el anterior ni otro cualquiera. Era ese día. Todo estaba más que hablado y no había marcha atrás posible. ¿Qué la llevó a arrepentirse en el último momento? El miedo, seguramente; sin embargo, ahora el miedo era mucho mayor. ¿Qué le pasaría?, ¿habría represalias?, ¿caería el mal sobre ella, tal como le habían advertido?, ¿de qué forma se le presentaría el demonio? Su imaginación se echó a volar y el miedo se transformó en terror. Movía las piernas como si fueran unas enormes tijeras ávidas por realizar su cometido. Se mordía las uñas, que ya no tenía, se tiraba del pelo, se frotaba los brazos...

—Julieta, ¿te encuentras bien?

El profesor había interrumpido la explicación preocupado por el comportamiento de su alumna. Veintiocho cabezas se giraron, pues Julieta era de las que se sentaba al fondo del aula. La vergüenza se hizo dueña de ella, limitándose a asentir sin levantar la vista, y las veintiocho cabezas volvieron a su posición natural, un tanto decepcionadas, pues esperaban algo con la sustancia suficiente para interrumpir por más tiempo la clase.

Julieta quiso gritar, contar lo que le sucedía, pedir ayuda, pero fue incapaz. Sus ojos regresaron al pupitre vacío de Clara. Le había fallado; Clara contaba con ella y se había echado atrás. Miró a los demás compañeros envidiando su ignorancia, deseando ocupar sus puestos. Allí estaba Julián, el novio de Clara. No habían pasado de unos cuantos besos en la oscuridad de un cine pero todos daban por hecho que serían la pareja del año. A él también se lo habían ocultado. Nadie podía saberlo, sólo ellas dos. ¿Qué pasaría el resto del día? ¿Le harían preguntas?, porque ambas eran inseparables; y entonces, ¿qué les contaría? Nada, no les diría nada. El mal podría ser aún peor.

4

—¿Cómo que ha ocurrido algo? —el silencio de tu padre no hizo más que aumentar mi temor—. Por Dios; Matías, que me estás asustando; dime qué ha pasado... —le ordené alzando la voz.

—Tu ven a casa, ¿de acuerdo? —se limitó a repetir con un pausado y triste tono de voz que me angustiaba—. Yo estoy aquí.

Quise insistir, necesitaba insistir, pero él había colgado.

—No me cuelgues, Matías, dime lo que ha pasado.

Me quedé paralizada viendo cómo se encendía en la pantalla del móvil esa frase, tan aclaratoria como innecesaria, de que la llamada había terminado. Mi mano temblaba tanto que no tuve otra opción que soltar el teléfono sobre la mesa. No soy capaz de describirte la cantidad de imágenes que pasaron por mi cabeza. Finalmente pude reaccionar, cogí mi bolso y me precipité hacia la salida ignorando las comprensibles miradas de preocupación en mis compañeros.

Qué cantidad de coches circulaban a esa hora del día. ¿Es que la gente no trabaja? ¿Qué hacían allí? ¿Por qué no se quitaban de en medio? Les odié, les odié a todos; estaba convencida de que estaban ahí para impedirme llegar a casa. Trataba de pisar el acelerador a fondo, pero era inútil: cada tres o cuatro metros mi pie buscaba el freno con un instinto de supervivencia sobre el que no tenía control.

Toqué el claxon, insulté, grité. Si te soy sincera, me gustaría poder ver a todos aquellos conductores de nuevo y pedirles disculpas, incluso sin recordar ninguna de sus caras. Quizás lo haga algún día: ponerme en medio de la calle y disculparme con cada uno de los conductores que pasen a mi lado; si me quedo el tiempo suficiente seguro que doy con alguno de los que fueron objeto de mi ira durante mi regreso a casa.

Ni qué decir tiene que cuando por fin llegué, no me planteé aparcar en el garaje; de todos modos, no hubiera podido pues un coche de policía obstaculizaba la entrada. Mi corazón dio un vuelco ya que aquella presencia se me aparecía como prueba evidente de que algo no debía de andar bien. Encontrándome con mi reflejo en el retrovisor busqué una calma que no tenía. Quizás aquello no estaba relacionado contigo o con el resto de la familia; quizás lo que había sucedido concernía a otro piso y tú habías sido simplemente testigo. Me aferré a esa idea como un clavo ardiendo, pero apenas hallada la fuerza necesaria para salir del coche, ese «algo» se presentó de nuevo en mi mente; en realidad, creo que nunca se había ido, era sólo que yo había estado demasiado concentrada increpando a los conductores como para prestarle toda mi atención.

¿Qué sería ese «algo»? Con cada escalón me parecía que la palabra retumbara en todo el edificio. «Algo», «algo», «algo». Al encarar el último tramo de escalera, mi corazón sufrió un nuevo revés.

—Lo siento, señora, pero no se puede pasar —me dijo el policía que custodiaba la puerta con una sequedad que quizás escondía algún resto de educación. La mirada que le escupí demostró a ese ignorante que poco o nada me importaba la prohibición que me había impuesto.

—No diga estupideces —dije con una autoridad digna de envidia—. ¡Yo vivo aquí!

El tono de mi voz debió bastarle porque no impidió mi entrada, o puede que, simplemente, tuviera orden de dejar entrar sólo a los habitantes del lugar. Si yo hubiera tenido conciencia del calvario que me esperaba al atravesar esa puerta, le hubiera rogado de rodillas que me retuviera, incluso usando la fuerza.

—Cariño, éste es el comisario Trápaga —fue lo que dijo tu padre al verme entrar en el salón. Su voz había sonado exactamente igual que por teléfono—. Está aquí para ayudarnos...

Me acerqué al ritmo lento que me imponía el miedo. Mis ojos revoloteaban por el salón buscando algún indicio de tragedia.

—Se trata de su hija —añadió el comisario.

Ni siquiera le miré a la cara. Si me hubieran pedido ese mismo día que describiera al comisario, me habría quedado callada pues la vergüenza me habría aconsejado que no dijera lo único que sabía de él, a pesar de que estuvo con nosotros gran parte de aquel día: que su género era el masculino. Me detuve paralizada por la noticia, en especial porque no había sido mi marido el que me informaba, sino un policía. Debía de ser grave.

—Dime de una vez lo que ha pasado —le supliqué a tu padre, que se acercó a mí con un instinto protector que le reproché entonces y que me reprocho yo ahora.

—Será mejor que nos sentemos.

Hizo por cogerme del brazo pero se lo aparté como si fuera unapestado.

—Dime lo que le ha pasado a nuestra hija. ¿Dónde está Clara? —mi voz sonaba amenazante, pero aquella situación me desbordaba. Ese silencio, las miradas entre ellos, ese quiero pero no puedo, me exasperaba.

De pronto, el rabillo de mi ojo izquierdo detectó un movimiento al fondo del salón.

Giré mi cabeza y vi el mayor horror que una madre pueda temer en su vida. Dos policías arrastraban una bolsa de plástico con lo que parecía un cuerpo en su interior.

Incomprensiblemente, me vino a la cabeza el final de *Rigoletto* y eso me hizo temblar aún más. Caminé hacia aquel bulto perturbador como si me dirigiera hacia mi propio cadalso, y, en cierto modo, era así. Por un lado quería pararme, mirar a otra parte, ignorarlo, pero parecía que tuviera un imán de atracción extraordinaria porque por mucho que me esfuerzo ahora, no logro recordar que yo ordenara a mis piernas dirigirme hacia el baño.

—Cariño, espera, es mejor que no vayas...

No le hice caso, ni siquiera le miré.

Continué caminando hasta que llegué a la puerta.

Los policías me miraban sin saber qué decirme, sin saber qué hacer. Miraron a su superior pero éste no les aclaró nada; optó por acercarse hasta mí hasta que pude sentir su respiración.

—¿Ahí está mi hija? —pregunté señalando a la bolsa. Su silencio fue la peor de las respuestas que podía esperar.

—Me temo que sí, señora —dijo al fin.

Llevé la mano a la boca intentando reprimir mi llanto.

—Quiero verla —dije con una determinación que incluso ahora me sorprende. De hecho, no lo estaba pidiendo, lo estaba ordenando.

El comisario indicó a sus hombres que obedecieran. Mi percepción de ese momento es tan clara como cuando mis ojos te miraron por primera vez al darte a luz.

El ruido de la cremallera abriendo la bolsa que contenía tu cadáver me despierta aún por las noches. Sé que nunca va a desaparecer de mi cabeza. Con el tiempo he aprendido a vivir con él. Ahí estabas, tal como habías venido al mundo, tu pelo aún mojado y tu cuerpo salpicado de sangre. Qué pálida es la muerte.

Tu rostro tenía el color del mármol, y tu piel su frío. Mis rodillas se doblaron solas hasta tocar el suelo. Mi llanto empezó tenue, tan tenue como mi credulidad. A medida que fui comprendiendo que aquella terrorífica estampa no formaba parte de una pesadilla y que yo estaba despierta, mis gritos empezaron a llenar la casa. Sentí que tu padre se arrodillaba junto a mí y me abrazaba compartiendo mi dolor, pero no había forma posible de consolarme.

—¿Quién le ha hecho esto? —balbuceé señalándola—, ¿quién?

El silencio de mis acompañantes terminó por destruir mis nervios.

—¿Quién? —grité con todas mis fuerzas—, ¿qué mal nacido ha hecho esto a mi hija? —y lo repetí hasta que las palabras de tu padre lograron llegar hasta mi cerebro.

—No ha sido nadie —pude entender que decía. Quedé muda y con la perplejidad marcada en mi rostro.

—¿Cómo que no lo ha hecho nadie?

Tu padre tomó aire.

—Se ha suicidado.